

La masacre de las bananeras en *Cien años de soledad*: ¿Historia o memoria?

SANTIAGO LÓPEZ R.
UNIVERSIDAD DE CALDAS, COLOMBIA

La masacre de las bananeras fue una matanza perpetrada por el Ejército de Colombia entre el 5 y el 6 de diciembre de 1928 en el municipio de Ciénaga, Magdalena, Colombia. En la novela *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez (1927-2014), se encuentra una versión literaria de la masacre. Este relato será el objeto de estudio del presente texto. Nos proponemos comparar la versión literaria de la

masacre de las bananeras con el hecho histórico en el que se basa. También nos proponemos indagar en la relación historia-memoria con la intención de analizar las motivaciones del autor, las implicaciones de la utilización de hechos históricos como insumo literario y la pertinencia de analizar la obra a la luz de los estudios de memoria. En un primer momento, se estudia el contexto de producción de la obra y conceptos como realidad real o realidad ficticia, pues es transversal a todo el escrito

la necesidad de una diferenciación clara entre el suceso histórico y el tratamiento literario del mismo. Posteriormente, se analiza la forma de enunciación, los recursos narrativos y los acontecimientos narrados en el relato que hace García Márquez en su novela. En un tercer momento, se exponen las ideas generales de los estudios de memoria mediante el análisis de las propuestas de algunos de sus representantes, así como las posibles relaciones con la obra en cuestión.

1. LA REALIDAD Y LA HISTORIA COMO INSUMOS

1.1. LA REALIDAD

En *Gabriel García Márquez: Historia de un deicidio*, Mario Vargas Llosa reflexiona en torno a la influencia de la realidad en las obras tempranas de García Márquez:

Escribir novelas es un acto de rebelión contra la realidad, contra Dios, contra la creación de Dios que es la realidad. Es una tentativa de corrección, cambio o abolición de la realidad real, de su sustitución por la realidad ficticia que el novelista crea (2021: 81).

Vargas Llosa introduce los términos “realidad real” y “realidad ficticia”. Una es la realidad del mundo físico que rodea al autor; obedece a reglas lógicas que no pueden ser transformadas por el ser humano (el tiempo o el clima); la otra realidad obedece a reglas impuestas por el autor (en la realidad ficticia, los personajes pueden resucitar o puede llover sin interrupción durante cuatro años, once meses y dos días).

La realidad real tiene obvias implicaciones sobre la realidad ficticia, por la imposibilidad de crear ficciones de la nada. Respecto de la masacre de las bananeras, Vargas Llosa menciona que, en sus conversaciones con García Márquez —llevadas a cabo durante 1968—, se destaca el interés del escritor colombiano por utilizar tal suceso como insumo, por plantear sus implicaciones morales y

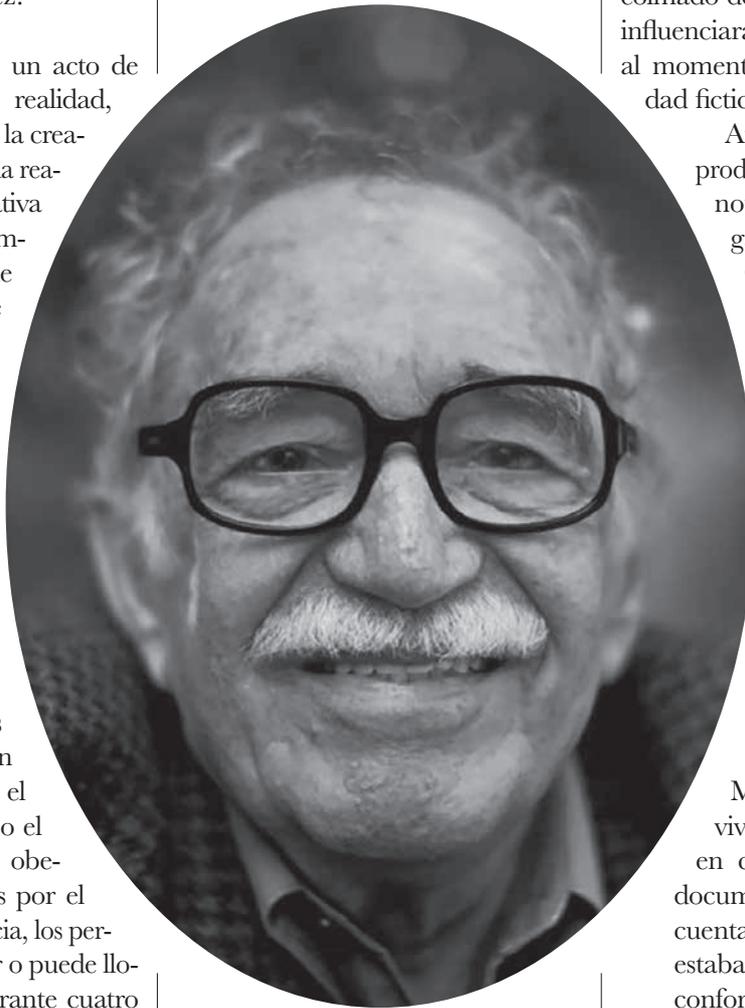
políticas, pero también por los hechos pintorescos de la realidad que rodean al mismo (como la píldora azul o la letrina portátil suministradas por la United Fruit Company a sus empleados). Afirma Vargas Llosa que fijar la atención en dichos aspectos, en apariencia baladíes, no resta importancia al hecho histórico como tal, ni tienen tales acontecimientos pretensión de

realidad real, por comunes que sean, influyen en la labor del novelista a la hora de crear su realidad ficticia.

Otro aspecto importante mencionado por el escritor peruano es la procedencia de los relatos acerca de la masacre. El hecho acaecido no llega al autor por medios oficiales ni estudios históricos o académicos, sino por medio del relato popular. Viene colmado de una carga emotiva que influenciará decisivamente al autor al momento de proponer su realidad ficticia.

Analizando el contexto de producción de la obra, se hace notorio el proceso investigativo llevado a cabo por García Márquez. En un primer momento, la masacre de las bananeras llega a él de manera desprolija, con versiones cambiantes que desestabilizan la narración. En *Vivir para contarla*, autobiografía de García Márquez, se advierte el interés por emprender investigaciones más profundas:

Más tarde hablé con sobrevivientes y testigos y escarbé en colecciones de prensa y documentos oficiales, y me di cuenta de que la verdad no estaba de ningún lado. Los conformistas decían, en efecto, que no hubo muertos. Los del extremo contrario afirmaban sin un temblor en la voz que fueron más de cien, que los habían visto desangrándose en la plaza y que se los llevaron en un tren de carga para echarlos en el mar como banano de rechazo. Así que mi verdad quedó extraviada para siempre en algún punto improbable de los dos extremos (García Márquez 2002: 79).



Gabriel García Márquez. Foto: Laura Islas.

verdad, sino que se refleja allí un interés del autor por lo cotidiano, por esos sucesos de la realidad real que no entrañan un gran acontecimiento o tragedia. Son hechos que: “(...) por su carácter inusitado y cruel comicidad, le dan un relieve todavía mayor (al drama social al que aluden)” (Vargas Llosa 2021: 17). Los hechos de la

Puede observarse luego un interés por diversificar las fuentes, pues se realiza un ejercicio comparativo que incluye una entrevista a uno de los protagonistas del suceso real:

Al más destacado y perseguido (de los líderes sindicales), Eduardo Mahecha, lo conocí por azar en la cárcel Modelo de Barranquilla [...] me completó la idea que siempre tuve de la masacre y me formé una concepción más objetiva del conflicto social (García Márquez 2002: 80).

Llama la atención la fuente a la que recurre el autor: se agencia una versión divergente de la historia, la de los sindicalistas, los derrotados y se percibe la carga social que va adquiriendo aquel acontecimiento en la mente del escritor.

1.2. LA HISTORIA

García Márquez no obtuvo datos fehacientes e incontrovertibles acerca de la masacre de las bananeras de 1928, esto según palabras del autor mismo. Pero debe acotarse que acceder a la verdad histórica entrañaba, y entraña todavía, una seria dificultad gracias al hermetismo institucional. Inclusive, la existencia misma del suceso ha sido puesta en duda por algunos políticos de la extrema derecha colombiana.

¿Puede confirmarse la ocurrencia del hecho histórico? En “La masacre obrera de 1928 en la zona bananera del Magdalena-Colombia. Una historia inconclusa”, de Jorge Enrique Elías Caro, se relaciona varias evidencias históricas que dan cuenta de la existencia de la masacre. Una de ellas hace referencia al espinoso asunto de los muertos y heridos de la matanza:

Las primeras crónicas mencionaban 8 muertos y 20 heridos. Una semana después en esas mismas fuentes se hablaba ya de 100 muertos y 238 heridos. Mientras tanto, las fuentes oficiales de manera reservada y en comunicaciones diplomáticas, comunicaban que eran más de 1.000 los muertos. (Elías 2011: 17).

Tales cifras aún se discuten. García Márquez brindó un número de víctimas bastante alto en su novela, un número fantástico y dramático que no se basa en datos históricos comprobados. Otro hecho histórico empleado por García Márquez en su obra es la existencia de un decreto que declaraba ilegal la huelga obrera que fue sofocada mediante el accionar de las armas oficiales. Según Elías Caro, la existencia de tal decreto tiene validez histórica:

(...) siendo las once de la noche del día miércoles 5 de diciembre llegó la noticia que el Dr. Núñez Roca, gobernador del departamento de Magdalena, acaba de emitir un decreto, por medio del cual ordenaba la dispersión de los grupos de huelguistas. El decreto hacía varias consideraciones, entre ellas la de que la huelga había generado una asonada (Elías 2011: 17).

Este decreto oficial es el intento estatal por legalizar las acciones cometidas. La comprobación de su existencia liga fehacientemente la creación literaria con hechos históricos comprobados.

Por otra parte, la prensa se constituye en otra fuente histórica de gran valía. La masacre fue documentada por varios medios, tal es el caso del periódico *La Prensa* en su edición del 14 de diciembre de 1928 (véase ilustración 1). Periódicos como el *New*

York Times y *El Tiempo* también presentaron en sus páginas información relacionada con la masacre.

Existen pruebas de la conmoción política que causó el accionar del Ejército colombiano en la zona bananera. El 3 de septiembre de 1929, en sesión de la Cámara de Representantes del Congreso de la República de Colombia, los representantes Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán lideraron un debate en torno a los hechos acaecidos en la zona bananera.

Todas estas pruebas no solo brindan la necesaria comprobación histórica de la masacre de las bananeras, aportan también un panorama de las reacciones sociopolíticas que despertaron este hecho trágico que enlutó a Colombia durante la segunda década del siglo XX.

2. TRATAMIENTO LITERARIO DEL SUCESO EN *CIEN AÑOS DE SOLEDAD*

El suceso histórico sirve como insumo literario en la novela; el capítulo XV está dedicado casi por completo a la masacre, mientras que el capítulo XIX aborda brevemente las implicaciones de la misma en la realidad ficticia. El autor se enfoca en la tensión que vivía la zona bananera debido a una huelga de trabajadores incitada por José Arcadio Segundo Buendía (hijo de Arcadio y Santa Sofía de la Piedad, y hermano gemelo de Aureliano Segundo). Uno de los primeros logros de la huelga fue el cese de actividades laborales durante los domingos. Luego José Arcadio Segundo es objeto de un atentado del que escapa. Aproximadamente un año después, José Arcadio Segundo y otros líderes sindicales reaparecen promoviendo nuevas manifestaciones y son encarcelados durante tres meses. Los reclamos de los trabajadores se enfocan en

la inequidad de las condiciones de trabajo, la insalubridad, los malos servicios médicos y en la forma de pago que no se realizaba en efectivo sino en vales. Luego, se describen las argucias legales empleadas por la compañía bananera para evadir sus responsabilidades. La novela plantea la desigualdad en la lucha, y el relato —podría decirse que incluso el autor— toma partido por el bando de los trabajadores.

La narración toma un tinte especialmente dramático cuando José Arcadio Segundo ve llegar a los tres regimientos del Ejército enviados por el gobierno central. Los integrantes del Ejército son descritos de la siguiente manera:

(...) todos eran idénticos, hijos de la misma madre, y todos soporaban con igual estolidéz el peso de los morrales y las cantimploras, y la vergüenza de los fusiles con las bayonetas caladas, y el

incordio de la obediencia ciega y el sentido del honor (García Márquez 2017: 293).

Se puede advertir las duras palabras para describir a los soldados: parecieran indicar que el autor intenta dotar a estos personajes de cierto halo de desprestigio, homogeneidad y falta de criterio. Acto seguido, los soldados reemplazan a los trabajadores en las labores de recolección del banano, lo cual es respondido con acciones de sabotaje. Destaca en este punto la imagen del señor Brown, quien huye de la región con una escolta del Ejército, como alegoría a la protección brindada por el Estado a los poderosos y la nula protección a los derechos fundamentales de los trabajadores.

El clima del relato ubica al lector en la estación del tren en Macondo, tras ser convocados los trabajadores para concertar una solución pacífica al conflicto. José

Arcadio Segundo se encuentra en medio de la multitud cuando un teniente lee el decreto número 4 que declara a los huelguistas una cuadrilla de malhechores. Un capitán indica que la estación debe ser desalojada en un plazo no mayor a cinco minutos. José Arcadio Segundo escucha a uno de los líderes sindicales gritar en medio de la gente: “Les regalamos el minuto que falta” (García Márquez 2017: 295) y entonces el ejército abre fuego.

Lo narrado, luego de la masacre, se centra en tres puntos esenciales: el ocultamiento de los hechos por parte del gobierno, el intento de brindar alguna medida cuantitativa de la tragedia y la personificación de la memoria en José Arcadio Segundo. En el primer punto, la posición del autor respecto a la “versión oficial” es clara: “La versión oficial, mil veces repetida y machacada en todo el país por cuanto medio de divulgación encontró el gobierno a



1. Periódico *La Prensa* refiere hechos del conflicto ocurrido en 1928.

su alcance, terminó por imponerse: no hubo muertos” (García Márquez 2017: 300). La presencia de los términos “repetida” y “machacada” hace referencia al interés estatal por acallar la verdad. Desde la forma de enunciación, el autor denuncia el intento del Estado por encubrir el hecho: “En Macondo no ha pasado nada, ni está pasando ni pasará nunca. Este es un pueblo feliz” (García Márquez 2017: 300).

En el segundo punto, la hipérbole como recurso narrativo importante se hace presente: “Cuando (José Arcadio Segundo) llegó al primer vagón dio un salto en la oscuridad, y se quedó tendido en la zanja hasta que el tren acabó de pasar. Era el más largo que había visto nunca, con casi doscientos vagones de carga, y una locomotora en cada extremo y una tercera en el centro” (García Márquez 2017: 297). Preguntarse si es plausible la existencia de un tren como el descrito no es el foco de la reflexión; la cuestión central es entender los motivos por los cuales el autor apela a este recurso. Se propone aquí la hipérbole como procedimiento narrativo que denuncia el ocultamiento de los datos de la masacre. Tal ocultamiento se dio en la realidad real, por parte del gobierno de Miguel Abadía Méndez, y tuvo como consecuencia el desconocimiento histórico del número de muertos y el paradero de los restos mortales de las víctimas.

En el tercer punto, se destaca, hacia el final del capítulo XV, la certidumbre del protagonista acerca de la suerte de los trabajadores que se encontraban en la estación del tren; se personifica en él la supervivencia de la memoria. Luego de los acontecimientos, se refugia en el cuarto de Melquíades para siempre y es allí, tras una irrupción inesperada de su hermano, cuando afirma: “Eran más de tres mil... ahora estoy seguro que eran todos los que estaban en

la estación” (García Márquez 2017: 303). Se hace presente el número fantástico, improbable: un intento por medir el impacto de la tragedia en datos ponderables, en vidas humanas.

En la realidad ficticia, construida en el capítulo XIX, se observa una crítica a lo sucedido en la realidad real: el manto de olvido que intentó borrar la masacre. El sobrino nieto de José Arcadio Segundo, Aureliano Babilonia, menciona — muchos años después del suceso — la masacre ante sus vecinos, y recibe la misma respuesta que su familiar en su momento:

Cada vez que Aureliano tocaba el punto, no solo la propietaria, sino algunas personas mayores que ella, repudiaban la patraña de los trabajadores acorralados en la estación, y del tren de doscientos vagones cargados de muertos (García Márquez 2017: 374).

Se destacan tres elementos en la cita: el olvido al que fue sometido el hecho en la realidad ficticia, la reiteración de la hipérbole del tren, y la contradicción entre “las personas mayores” —representantes de la sociedad que olvidó la masacre— y Aureliano, representante de una generación más joven que propugna por conservar la memoria.

Expedientes judiciales y textos escolares aparecen como documentos oficiales cargados de historia hegemónica; las personas mayores recurren a estos para negar la ocurrencia del hecho trágico. Tales documentos representan el triunfo de aquella historia oficial que fuese otrora “repetida” y “machacada” por el gobierno... el olvido oficializado. Y, a pesar de todo, el joven Aureliano Babilonia —*alter ego* del autor en sus años de juventud en Barranquilla— se rebela contra

aquella versión y se reafirma en su afán de preservar la memoria. Este elemento de autoficción es importante: en la realidad ficticia, Aureliano Babilonia es la encarnación de la memoria; en la realidad real, dicha encarnación es el propio García Márquez mediante su obra literaria.

El retorno al tema de la masacre dentro de la realidad ficticia enfrenta al lector con las consecuencias del hecho trágico, tanto en la realidad ficticia como en la realidad real. La lucha entre la versión hegemónica —de carácter oficial— y la versión de los personajes —de carácter popular— se hace presente, lo que abre una interrogante en torno a la verdad liviana de lo escrito en textos oficiales y la honestidad brutal de los hechos acaecidos.

3. LO DE GARCÍA MÁRQUEZ NO ES HISTORIA

Lo escrito en *Cien años de soledad* se ha ligado ya con algunos conceptos que permiten pensar en una posible relación entre la obra literaria y los estudios de memoria. Las diferencias entre los sucesos relatados y los sucesos reales e históricos confirmados servirán a los fines de este texto en tanto comprobación: la obra literaria se basa en la historia y en la realidad, pero no puede decirse que constituya en sí misma un estudio histórico ni una descripción exacta de la realidad real.

Propongo que el tratamiento literario que le da García Márquez a la masacre de las bananeras no constituye un esfuerzo por elaborar un relato histórico. En primer lugar, una razón es que no puede atribuírsele una pretensión de verdad, elemento necesario en un relato histórico. En segundo lugar, no busca ser representación de una realidad real

pasada, sino que se constituye como un fenómeno estético en permanente acción, esto en tanto que los acontecimientos narrados se representan en un *ahora* propuesto por el ámbito temporal de la realidad ficticia construida por el autor. Tampoco puede afirmarse que el relato en cuestión sea de carácter puramente ficcional, pues toma como insumo un suceso real e histórico. Se propone que este relato habita en un punto medio entre ambas —ficción y realidad histórica—. Este relato es un ejercicio reflexivo y de denuncia cercano a los estudios de memoria.

Los estudios de memoria son un conjunto de esfuerzos académicos que se preocupan por la influencia, en el presente, de acontecimientos traumáticos ocurridos en el pasado: dictaduras, abusos de poder, masacres y genocidios. Los estudios de memoria en América Latina responden a una dinámica mundial que presupone lo que Andreas Huyssen llama “un marketing masivo de la nostalgia”, iniciado en la década de los setenta del siglo pasado. Debe entenderse que no se habla de memoria como la mera rememoración de un hecho, sino de un ejercicio reflexivo tendiente a la constante reconfiguración de los sucesos pasados y su impacto en la sociedad actual.

Para comprender la diferenciación propuesta entre memoria e historia, es pertinente recurrir a Berber Bevernage y su texto *History, memory and state-sponsored violence*:

A similar stance can be found in the work of Pierre Nora, who claims that memory and history are fundamentally opposed to one another: ‘With the appearance of the trace, of mediation, of distance, we are not in the realm of true memory but of history [...] Memory is a per-

reino de la verdadera memoria sino de historia [...] La memoria es un fenómeno perpetuamente actual, un vínculo que nos ata al presente eterno; la historia es una representación del pasado] (Traducción de Cristian Palacio Londoño).

Esta diferencia fundamental entre ambos conceptos entraña un asunto ontológico e incluso funcional. Mientras la historia se encarga de estudiar el pasado, la memoria no admite los hechos como pasado, sino como fenómenos permanentemente actualizados gracias al ejercicio memorístico. Esto ocurre con la masacre de las bananeras en *Cien años de soledad*: el hecho histórico no es el eje central del relato, sino el afán de denuncia, de regreso al acto ominoso, de memoria... afán tanto más poderoso en tanto más se lee.

Aparece ahora una dificultad, tanto la memoria como la historia toman su material de la misma fuente: el pasado. La diferencia radica en el uso que se

le da: la historia congela el pasado, la memoria plantea una conexión vital con este, haciéndolo actual mediante la reflexión y, en el caso que nos ocupa, mediante la experiencia estética.

Por otro lado, la diferenciación entre historia y memoria no debe pensarse en términos de “oposición”: “La vieja batalla entre la historia y la memoria como algo que se supone irreconciliable es algo del pasado.



Portada de *Cien años de soledad*.

petually actual phenomenon, a bond tying us to the eternal present; history is a representation of the past (Bevernage 2011: 14). [Una postura similar se puede encontrar en la obra de Pierre Nora, quien afirma que la memoria y la historia se oponen fundamentalmente entre sí: “Con la aparición de la huella, de la mediación, de la distancia, no estamos en el

Teóricamente, la mayoría de investigadores de la memoria asumen una relación recíproca, más que una relación mutuamente excluyente, entre la historia y la memoria” (Huyssen 2020: 3). Huyssen propone que la “vieja batalla” está finiquitada, la historia y la memoria no se niegan entre sí. En efecto, en el relato estudiado, no se evidencia esta batalla, más bien puede pensarse en la “relación recíproca” mencionada por el pensador alemán: la historia es utilizada para crear un texto literario con afanes reflexivos y de denuncia. Hay diferencia entre ambas, mas no exclusión.

Un último aspecto que pretende ligar lo narrado en los capítulos XV y XIX de *Cien años de soledad*, con el afán de denuncia y de reflexión permanente, propios de los estudios de memoria, es la consolidación de lo allí escrito como una memoria emblemática siguiendo los planteamientos de Steve J. Stern. En su texto *De la memoria suelta a la memoria emblemática*, se proponen seis condiciones que debe cumplir un hecho para ser considerado como memoria emblemática dentro de una sociedad, pues las memorias sueltas están constituidas por vivencias de los individuos que conforman un colectivo. Las memorias emblemáticas son construcciones colectivas que dan un sentido más amplio a esas memorias sueltas: “Así es que la memoria emblemática [...] da un sentido interpretativo y un criterio de selección a las memorias personales, vividas y medio-sueltas” (Stern 1998: 14). Se propone que las memorias sueltas —aquellas de raigambre popular recogidas por García Márquez— requieren de un proceso de incorporación en un marco emblemático más amplio.

En ese sentido, los seis criterios que debe cumplir un hecho para incorporarse como memoria emblemática son la historicidad, la

autenticidad, la amplitud, la proyección, la encarnación y los portavoces. La masacre de las bananeras, como hito en la historia de la lucha sindical colombiana y la lucha contra la represión estatal, las copiosas pruebas que existen acerca del suceso, las diferentes fuentes de las que bebió García Márquez para construir su versión literaria de la masacre y la poderosísima fuente de proyección internacional que constituyó *Cien años de soledad*, son suficientes para afirmar que los primeros cuatro criterios se cumplen a cabalidad. Respecto a los dos últimos, encarnación y portavoces, es suficiente mencionar al propio autor —referente mundial de la literatura latinoamericana—, al político liberal Jorge Eliécer Gaitán, a los medios de prensa de aquel momento histórico y a los personajes José Arcadio Segundo y Aureliano Babilonia.

Puede decirse, entonces, que en la novela no se lleva a cabo el proceso de incorporación en el marco emblemático que propone Stern. En la realidad real colombiana, sin embargo, la masacre sí realiza tal incorporación gracias a los esfuerzos de cierto grupo de personas, liderado por Jorge Eliécer Gaitán. Ese colectivo repudia la masacre y se rebela ante la versión oficial que solamente admite el asesinato de algunos “malhechores”. Es evidente que Gabriel García Márquez hace parte de ese colectivo que lucha contra el olvido y convierte su obra literaria en la herramienta más poderosa en contra de la versión oficial. Su versión literaria de la masacre ha sido fuente de reflexiones, debates políticos y continuas conmemoraciones en Colombia: “Hace poco, en uno de los aniversarios de la tragedia, el orador de turno en el Senado pidió un minuto de silencio en memoria de los tres mil mártires anónimos sacrificados por la fuerza pública” (García Márquez 2002: 80).

La masacre de las bananeras es hoy una memoria emblemática en Colombia, en gran medida, gracias al aporte de Gabriel García Márquez, y esto le da a su obra un peso que no puede ser aquilatado solo en términos de análisis literario.

4. A MANERA DE CONCLUSIÓN

La comparación entre el suceso histórico denominado masacre de las bananeras y la versión literaria del mismo permite afirmar que tal versión no es un texto histórico; las imprecisiones y las hipérboles contenidas en la obra refuerzan esta idea. Se propone, sobre la base del contexto de producción de la obra y la forma de enunciación de esta, que se trata de un texto con carácter de denuncia con raigambre popular. Es este afán de denuncia el que acerca a los capítulos XV y XIX de *Cien años de soledad* al concepto de memoria, como ejercicio de tipo reflexivo diferente a la mera rememoración y descripción rigurosa de los hechos pasados —propias de la historia—. La inclusión del concepto de memoria y la consecuente relación de la obra literaria en cuestión con el campo de los estudios de memoria permiten una nueva postura analítica frente a lo escrito por García Márquez.

El aporte de la ficción construida por García Márquez al imaginario nacional colombiano tiene hondas implicaciones tanto culturales como políticas que deben seguir siendo analizadas y valoradas en su justa medida. Así, se hace necesario invitar al estudio del rol que cumple la literatura en la reconfiguración de los hechos históricos, y el impacto de dicha reconfiguración en los procesos de transformación sociopolíticos exigidos por los habitantes de Colombia y América Latina.





Las bananeras. Ilustración de Berenice Zagastizábal.

Bibliografía

Bevernage, Berber

2011 *History, Memory, and State-Sponsored Violence. Time and Justice*. New York, London: Routledge, Taylor & Francis.

Elías, Jorge

2011 “La masacre obrera de 1928 en la zona bananera del Magdalena-Colombia. Una historia inconclusa”, en *Andes*. Núm. 22. Consulta: 19 de junio de 2021. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12719967004>

García Márquez, Gabriel

2002 *Vivir para contarla*. Bogotá: Norma.

2017 *Cien años de soledad*. Barcelona: Penguin Random House.

Huyssen, Andreas

2020 “Memoria pública y olvido: un ensayo del experto Andreas Huyssen”, en *Arcadia*. Bogotá, 22 de febrero de 2020. Consulta: 20 de junio de 2021.

<https://www.semana.com/impresaportada/articulo/memoria-publica-y-olvido-un-ensayo-del-experto-andreas-huyssen/80778/>

Stern, Steve

1998 “De la memoria suelta a la memoria emblemática: Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico”, en Jelin, Elizabeth (compiladora). *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “in-felices”*. España: Siglo XXI de España editores, pp. 11-33.

Vargas Llosa, Mario

2021 *García Márquez: historia de un deicidio*. Lima: Alfaguara.

